

R E F L E X I O N

La Baixa como proyecto urbano

Manuel Botel Delgado
Arquitecto



Lisboa 1650

Es interesante traer a colación el proyecto de la Baixa de Lisboa, no tanto como un atractivo ejemplo de la cultura arquitectónico-urbanística, sino como un ejemplo en el que están contenidas algunas cuestiones relevantes en el actual debate disciplinar. Estas cuestiones están, ahora, vinculadas a la necesidad de la recuperación de la ciudad, producida como manifestación de una posición crítica con respecto a la pérdida de la forma urbana. Posición que provoca, de manera indefectible, el cuestionario del concepto de forma de ciudad como punto aparejado al problema de la intervención en la misma, sobre todo si tenemos presente que la intervención se inviste de vocación de reconducir y afrontar los problemas formales como problemas de construcción del espacio urbano complejo; ésto es: como problema morfológico.

Desde esta angulación, la operación realizada en la Baixa, se muestra como una operación actual, trascendiendo a su época. No interesa, por tanto, la puesta en luz de los aspectos por los cuáles la reconocemos como una operación ilustrada, es decir, atendiendo a los aspectos filológicos, sino a aquéllos en los que es posible descifrar el sentido de la intervención, sus claves y su relación con la ciudad construida.

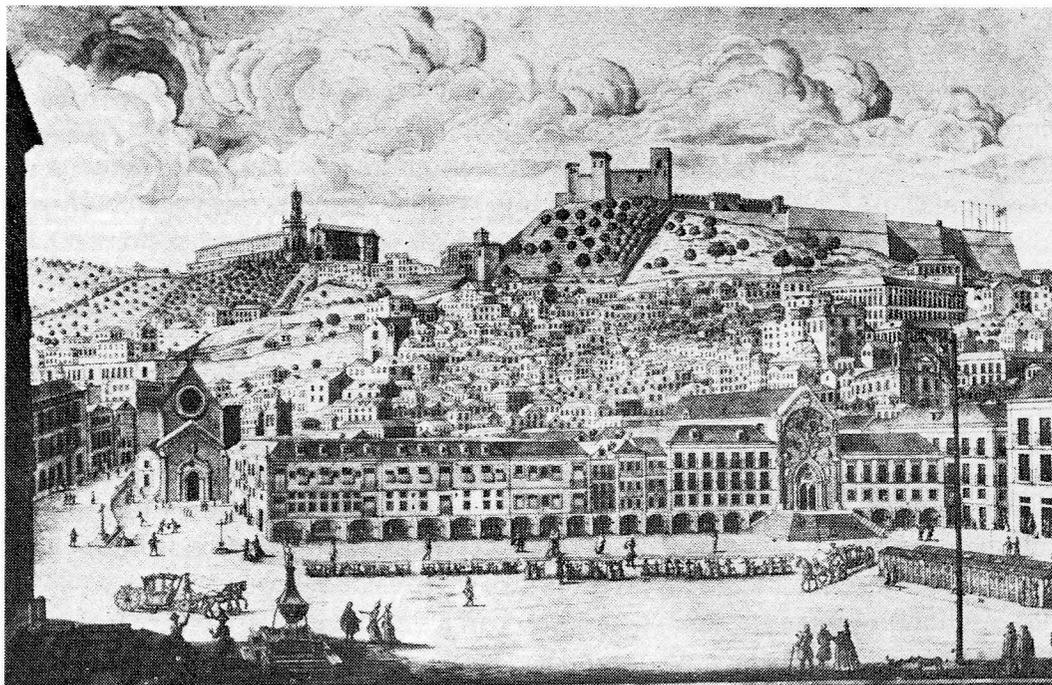
Surge la nueva Baixa, a raíz del intenso terremoto que sacudió Lisboa en 1755, al que siguió un gran incendio, destruyendo más de la mitad de la ciudad. A partir de este acontecimiento, se convoca, en 1756, un concurso para abordar el proyecto de reconstrucción que organice, de manera racional y eficaz, todas las tareas. Abarca el área de

intervención, un rectángulo cuyo lado mayor mide 560 metros en dirección norte-sur, y el menor, 380 metros, en dirección este-oeste dando una superficie de veintiuna hectáreas.

El marqués de Pombal y Manuel de Maia formarán tres equipos, encabezados por Gualter da Fonseca, Elías S. Poppe y Eugenio Dos Santos. Cada uno de ellos va a realizar una propuesta, manteniendo una serie de puntos fijos, desprendidos de algunas preexistencias, tales como la huella dejada por las iglesias. Paralelamente, harán otra propuesta, ésta vez a título individual, con mayor grado de libertad y sin considerar puntos fijos. Y será de estas últimas, la realizada por Dos Santos, la elegida para tomarla como directriz de la reconstrucción.

Se inicia así un proceso, complejo tanto por la confluencia de los diversos instrumentos que intervienen en la construcción de la ciudad, como por la duración del mismo, y en el que se irán perfilando soluciones y acometiendo la puesta a punto de cada uno de los elementos que compondrán la Baixa.

El primer problema al que se enfrenta el proyecto de reconstrucción es el de dilucidar el sentido del cuál se inviste la misma; es decir: cómo se organiza el conjunto de múltiples cuestiones que se derivan de toda intervención: sus elementos, sus características, sus relaciones, etc. La propuesta tiene un valor ejemplarizante, por cuanto somete el problema a una racionalización de las variables, en una operación que se estructura en la relación entre la parte de ciudad y la propia ciudad, operación que sólo es pro-



Lisboa. El Rossio antes de 1755

ponible a partir de un profundo conocimiento de la misma.

En efecto, en la Baixa se aborda el problema de la intervención como un problema de forma urbana. La dimensión cuantitativa y las características físico-funcionales de erigirse como centro-ciudad, son dos factores que conducirán a la intervención, a establecer las relaciones con el resto de la ciudad como relaciones proyectuales.

Se abre aquí una de las cuestiones más importantes a la cuál nos enfrentamos hoy: La forma urbana, y qué entendemos por ello.

Es particularmente interesante esta cuestión, sobre todo porque el crecimiento de las ciudades, a partir de la revolución industrial, es muy rápido, basado sólo en la lógica del tejido residencial, y no en la relación monumento-tejido. Sin embargo, las causas de la pérdida de la forma urbana aparecida en el siglo XX, no pueden ser relacionadas con la ausencia de los elementos emergentes en los crecimientos urbanos, en tanto que los ensanches decimonónicos, aún careciendo de hechos urbanos, mantienen relaciones de coherencia con la ciudad existente.

Las causas deben buscarse en las precisas formas de organización del tejido, y de su relación con la ciudad; es decir: en la lógica interna del área ó parte de ciudad, y su articulación con la propia ciudad, desde una perspectiva formal, pero también funcional.

La revisión de éste concepto, surge a partir de la crítica a las experiencias del Movimiento Moderno. Crítica realizada a través de su comparación con la ciudad de la historia, constatando la ruptura que se produce con ésta.

Así, la ciudad de la historia se muestra como un operador, mediante el cuál se estructura la comparación, trascendiendo de los aspectos más visibles para indagar en la naturaleza de la ruptura como producto complejo, no explicable por el hecho de pertenecer a un tiempo distinto.

Desde este punto de vista, se puede hablar de la ciudad de la historia como aquélla en la que la forma es mantenida, a pesar de las sucesivas transformaciones en el tiempo y el espacio, producidas por diferentes épocas. La ciudad de la historia se muestra como un producto de historias sucesivas, que, en la cultura occidental, comprendería desde la civilización griega hasta el siglo XX.

Es claro aquí, que la ciudad de la historia no existe como una ciudad concreta. En ella se encuentran contenidas muchas ciudades, distintas entre sí, aún con marcadas diferencias, no sólo entre las que corresponden a períodos diversos, sino también entre las que participan del mismo arco temporal.

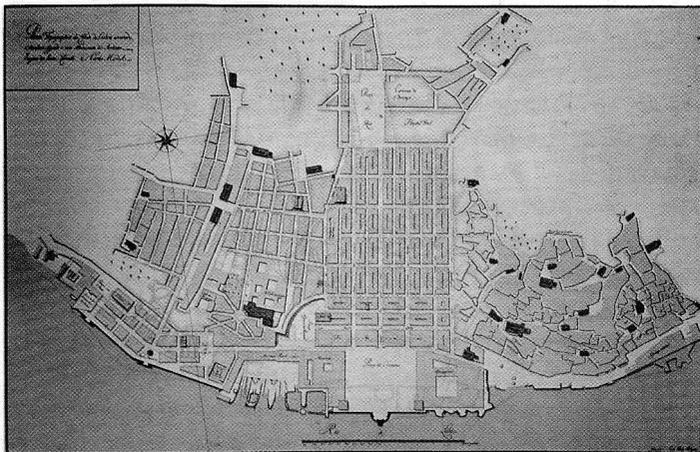
La ciudad de la historia es una abstracción, un conjunto de cualidades, de invariantes, que están presentes en las ciudades de la historia, comunes a todas ellas, pero sin identificarse con alguna, haciendo emerger aquellos aspectos que nos permiten hablar de ciudad. Estas cualidades vienen derivadas de la presencia de códigos en las diversas formas de construcción de la ciudad, donde la morfología, ya sea del área, de la parte, o urbana, es el término dominante en su relación con la tipología edilicia.

Esto implica la existencia de leyes de configuración y de construcción de la ciudad, no derivadas de las lógicas



Lisboa. Area de la Baixa antes de 1755

Lisboa. Eugenio Dos Santos, propuesta ganadora



autónomas e internas de la adición y combinación de los diversos tipos entre sí, sino que éstos asumen formas organizativas en sus agrupamiento, a partir de reglas, de directrices establecidas o emanadas de la ciudad, y que, en muchos casos, conllevan a la deformación de los tipos, precisamente en su puesta en función urbana, constatando, en la relación, la supremacía de la morfología urbana, que impone sus leyes generativas, vinculadas a la forma de la ciudad, forma que es cambiante en el tiempo y en el espacio, entendiendo la ciudad, por tanto, como una «obra abierta».

La forma así entendida, puede ser estructurada en base a la presencia de un conjunto de elementos que se combinan entre sí, a partir de un conjunto de relaciones, del que se deriva una visión sistémica de la ciudad. Esto es: entender la ciudad en el momento analítico y en el momento proyectual, como un conjunto de elementos cuyas relaciones mantienen o indican una cierta coherencia y unidad.

La ciudad se muestra así, desde la angulación imprimeada, como un fenómeno unitario en base a sus elementos constitutivos y a sus relaciones internas, que la hacen diferenciable del resto del territorio, aunque participa en la construcción y definición del mismo.

No obstante, existe cierta complejidad al abordar la selección de los elementos constitutivos de la ciudad, que nos la mostrase como un conjunto conformado por ellos y sus relaciones.

La literatura arquitectónico-urbanística de los años sesenta y setenta, ha indagado, de manera incisiva en este sentido. Me refiero a las aportaciones de la Tendencia, a la puesta en luz de los roles de los hechos urbanos y su incidencia en la construcción y en la conformación de la ciudad. Emergencias que son individualizables del resto del tejido, y, por tanto, elementos claros del sistema —a partir de su valor formal— y que mantienen relaciones de correspondencia entre ellos, constituyendo la estructura fundamental.

Sin embargo, se hace más difícil la individualización del tejido residencial o de algunos tejidos residenciales (a pesar de ser componentes de la forma de la ciudad), a partir de la puesta en luz de sus características internas; es decir: a través del conjunto de parámetros que lo hagan autónomo, y, consecuentemente, susceptible de constituirse en elemento del sistema.

Esta dificultad se deriva de los vínculos que se establecen entre los hechos urbanos y el tejido. Vínculos de dependencia entre este último y los primeros, que no permiten individualizarlo en base a una lógica propia que explicase su forma, sino que hay que relacionarlo con la emergencia, para comprenderlo en toda su amplitud. No obstante, el tejido muestra, o puede mostrar, una relativa autonomía, aún asumiendo la influencia de los hechos urbanos, tanto mayor cuanto más débil sea esta influencia, y cuanta más capacidad tenga el tejido para conectar distintos espacios y áreas; es decir: para ordenarse a sí mismo.

Esta afirmación, no sólo supone la constatación de una relación dialéctica entre hecho urbano y tejido, abriendo

un abanico de posibilidades a la propia relación, sino que expone una cuestión crucial: la notable incidencia del tejido en la forma urbana. La residencia se presenta, pues, como un factor que puede asumir un valor considerable en la configuración y construcción de los fenómenos formales urbanos, no sólo por su importancia cuantitativa, particularmente en los dos últimos siglos de historia de la ciudad, sino también desde el nivel cualitativo.

Así pues, el llamado tejido residencial, gris o banal, no es ni tan gris ni tan banal.

A este respecto, es interesante la tesis planteada por C. Aymonino, a raíz de sus análisis de los crecimientos de la Amsterdam del siglo XVII, y de Edimburgo o San Petersburgo, en el siglo XVIII. En ellos, se constata cierta crisis al analizar la ciudad en función de la relación monumento-tejido, en tanto que estos fenómenos no pueden ser explicados por tal relación, sino a partir de la consideración de todo el crecimiento como un monumento; esto es: como parte formalmente completa de ciudad.

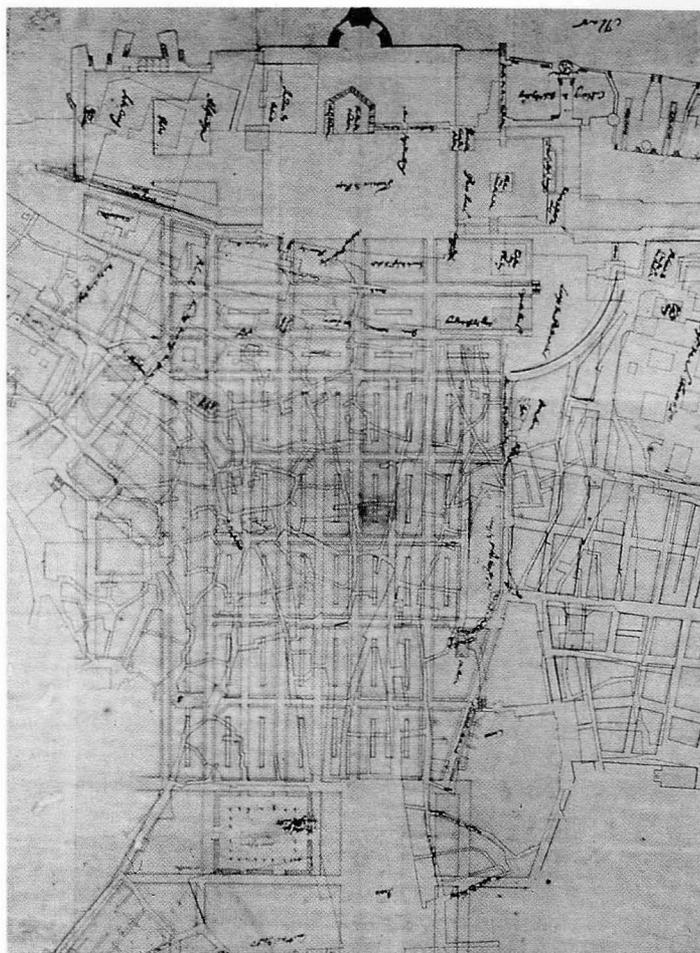
Aquí, la residencia manifiesta, por sí misma, una capacidad en la constitución de la forma de la ciudad, que no es contemplada desde la óptica de la relación emergencia-tejido. Capacidad ésta que es evidenciada por su valor en la proposición de un desarrollo de la ciudad, y no un nuevo crecimiento. Esto es: presentarse como un elemento diferenciable y autónomo, que provoca un cambio en la forma urbana, siendo, este cambio, coherente desde el plano morfológico. Además, en virtud de esta operación, se deriva una nueva ciudad, generada por la aparición de un nuevo elemento que, al relacionarse con los ya existentes, conlleva la aparición de un nuevo conjunto.

Es manifiesta la diversidad de comportamientos del tejido residencial en la construcción de la forma urbana: recorre un arco de posibilidades que van desde un simple crecimiento, hasta constituirse, en sí mismo, como un elemento diferenciable e incidente en la estructura urbana.

La operación realizada en la Baixa, es encuadrable en el último grupo de posibilidades, estableciendo nuevas relaciones urbanas entre ésta y la ciudad, a partir de una coherente selección de los distintos elementos, y la participación de las diferentes escalas en el mismo momento proyectual.

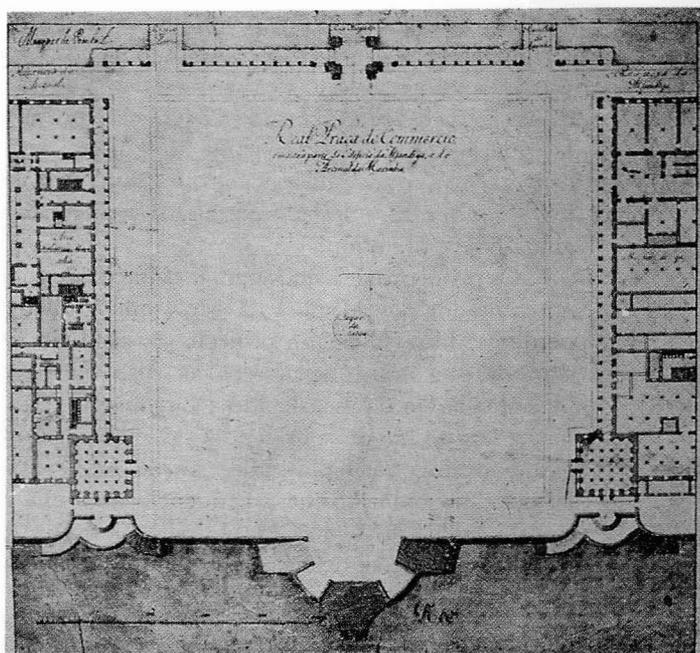
La propuesta de Eugenio Dos Santos —como todas las presentadas a concurso— contempla, como puntos fijos, el mantenimiento de las dos plazas existentes con anterioridad al terremoto: el Terreiro do Paço y el Rossío. Sin embargo, no son asumidas como una reconstrucción literal de las mismas, sino reinterpretadas, transformadas a través de su relación en el conjunto de la Baixa. Las plazas asumen el rol de espacios urbanos a escala de ciudad, estableciendo por tanto, nuevas relaciones con la forma urbana existente, transformándola en otra distinta. Y es desde esta perspectiva desde donde se establece la continuidad entre lo nuevo y lo viejo, entre parte y ciudad.

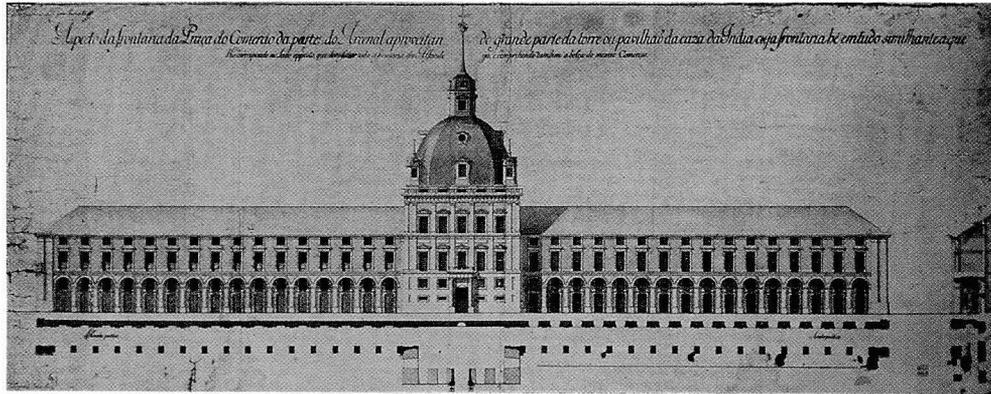
Hablar de reprojectación del Terreiro do Paço, es hablar de una nueva construcción de este espacio libre, a través



Lisboa. Eugenio Dos Santos, Esquema del Trazado

Lisboa. Plaza del Comercio





de un cambio radical: de ser un vacío medieval, pasará a plantearse como centro de Lisboa. Toda la arquitectura que construirá ese espacio, es puesta en función urbana definiendo la auténtica puerta de la ciudad. El trapecio irregular es rectificad o estrechándose en la dirección Este-Oeste, y ampliándose en la dirección Norte-Sur, recuperando terreno al río. El resultado es la aparición de un cuadrado cuya dimensión responde a la distancia existente entre las caras exteriores de las dos torres opuestas. La figura del cuadrado emerge así como emblema de una actitud racionalista, inmanente a todas las operaciones ilustradas, frente a la intrincada trama de la ciudad antigua.

El proceso de diseño durará tres años. En ese período, se ensayarán soluciones hasta el detalle: los estudios serán muy pormenorizados, acompañados de una gran reflexión y discusión.

Es en 1759 cuando se perfila la Plaza del Comercio en su globalidad. Del cuadrado de su planta, solamente son construídos tres lados: el lado Oeste por el Arsenal y el Almirantazgo; el lado Este, por el edificio de la Alfandega, con las torres gemelas; la fachada Norte, la que se enfrenta al río con la Bolsa del Comercio, es constituída por dos manzanas articuladas por el Arco de Triunfo, marcando la organización axial del conjunto.

De esta manera, se constituye un espacio que está destinado a ser el nuevo centro de la ciudad, y en el que son evidentes algunas relaciones con el paisaje del estuario del Tajo, en su doble sentido: desde el río hacia la ciudad —delimitando un frente de ribera—, y desde la ciudad hacia el río, incorporando el agua al paisaje urbano a través del control arquitectónico.

El problema de definición de este espacio urbano, solamente es abordable y solucionable desde la arquitectura; así, Dos Santos define y dibuja todos los parámetros espaciales. La plaza tendrá una altura de cuatro plantas, localizándose en la planta baja las arcadas, afirmando, en el nivel arquitectónico, el valor jerárquico de dicho espacio, sobre todo si tenemos en cuenta que es el único lugar de toda Lisboa en donde existe.

El segundo espacio de la Baixa planteado a escala urbana, es el Rossío, que, en la Lisboa anterior al terremoto

suponía el centro de la ciudad. En la Lisboa reconstruída, cederá su valor simbólico a la Plaza del Comercio; no obstante, seguirá vinculado a la forma urbana como un espacio colectivo de ciudad.

Si bien Eugenio Dos Santos contempla en su propuesta la redefinición del Rossío, no pasa de ser una idea abstracta. Será Carlos Mardel quién, a partir de 1759, estudie todos los aspectos formales y funcionales de la Plaza.

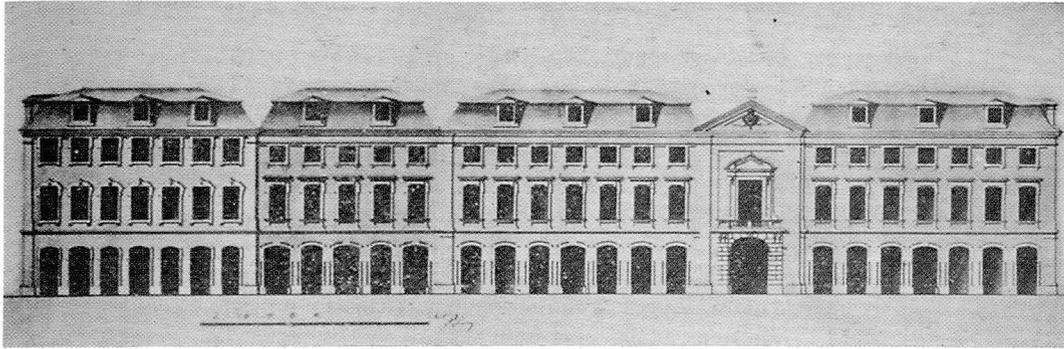
Antes del terremoto, el Rossío era un recinto trapezoidal irregular, en cuyo lado Norte se localizaba el Palacio de la Inquisición, el edificio del Comercio y el Senado de la ciudad; en el lado Este, el convento de los Dominicos y el Hospital de Todos los Santos; los otros dos lados estaban definidos por pequeñas edificaciones.

El número y la cualidad de los edificios públicos avala el hecho de que esta plaza ejerciese como centro de ciudad de Lisboa.

Mardel va a plantear una organización que recoge en parte, la centralidad del espacio público. El lado Norte se convierte en el de mayor importancia simbólica, enfrentándose a la Praça Do Comercio en el recorrido Sur-Norte. Aquí se ubica el nuevo Palacio de la Inquisición, de cuatro plantas de altura. La última es abuhardillada, destacando en su composición la asimetría, vinculada con la asimetría que provoca el desplazamiento del Rossío con respecto a la Praça do Comercio y al eje de la Baixa: la calle Augusta. El Palacio es destruído posteriormente por un incendio, y en su lugar se edifica el teatro de Doña María II, a mediados del siglo XIX.

Los otros lados de la plaza, mantienen la misma altura que el resto de la intervención; no obstante, las fachadas presentan una mayor complejidad en el lenguaje, pero sin llegar a adoptar los valores formales de la Plaza del Comercio.

De esta manera, son definidos los dos espacios integrados en la Baixa, como espacios escalarmente vinculados a la ciudad. El problema que surge ahora, es el de la resolución de la articulación de ambas plazas. La complejidad estriba en dilucidar la estructuración del tejido conectivo, para superar las diferencias topográficas y el desplazamiento que mantiene un espacio libre colectivo con respecto del otro, y mantener a la vez, la coherencia de todo el conjun-



Lisboa. Carlos Madel.
Palácio de la
Inquisición

to, a partir de una ordenación axial, presente en la Plaza del Comercio, y, al mismo tiempo, la proposición de una forma distinta a la medieval.

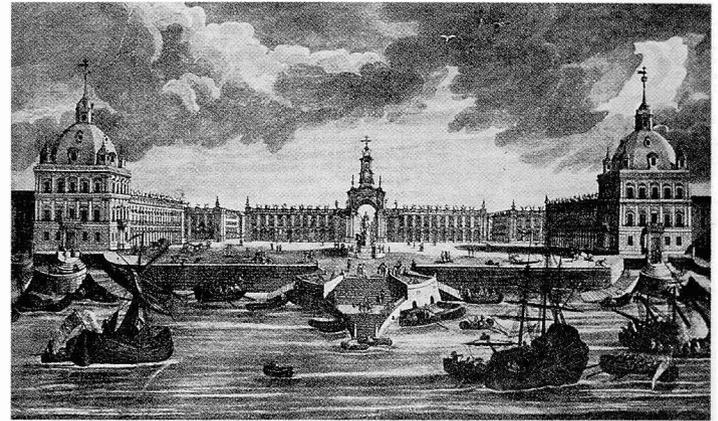
Abordar el problema desde estos parámetros, es abordar el problema de la intervención desde la escala de parte de ciudad. El trazado de la Baixa, no debe entenderse como una cuadrícula sin más, sino en función urbana, con una intencionalidad de solucionar la conexión entre dos centros; pero también con una vocación de afirmarse frente al resto de la ciudad, a través de su diferenciación en términos formales, como parte de ciudad, individualizable a partir de precisas relaciones tipo-morfológicas.

La malla no es homogénea; en ella existe una jerarquía emanada y entendible desde el conjunto. No son casuales los diferentes anchos de vía (que oscilan entre 40 y 60 palmos). Las calles más importantes son las que relacionan entre sí los dos espacios centrales, y a éstos con el resto del tejido de la ciudad.

Las manzanas son alargadas, siendo notable la variación en la ordenación residencial, producida por la atención puesta en la construcción del espacio libre colectivo para, de esa manera, hacer de la Baixa un conjunto unitario, donde los contenidos urbanos desarrollados mantienen una gran coherencia con las relaciones entre los parámetros arquitectónicos, espaciales y funcionales; es decir: produciéndose una dimensión conforme, vinculada al área física de la intervención.

El tercer nivel escalar, es el arquitectónico. También aquí, el proyecto de la Baixa se muestra eficaz, y no sólo por el exhaustivo control de las fachadas, llegando a la total definición de los elementos lingüísticos, sino también por la presencia de la estructura portante de madera, la «Gaiola» pombalina, por la definición del tipo y de la sección de manzana, que hacen posible hablar de una «definición» —no ya «control»— arquitectónico.

Así pues el proyecto urbano no puede basar su naturaleza a ser vinculado a una escala cuantitativa: la escala intermedia, sino que, derivado de su voluntad de afrontar los problemas de la forma urbana, necesita vincularse a tres escalas morfológicas: la de la ciudad, la de la parte o área de ciudad, y la escala arquitectónica, operando con todas a la vez, y no como niveles estancos.



Lisboa. Plaza del
Comercio

Lisboa. Alzado de la
Baixa

